OJEADA CRITICA SOBRE LA POESIA EN CHILE

POR

RODOLFO POLANCO CASANOVA

(Estudio premiado por el Consejo Superior de Letras i Bellas Artes en el certámen de 1912)

En mas de una ocasion hemos oido afirmar que nuestro pais no tiene verdaderos poetas, en el sentido amplio i grandioso del vocablo, que nuestra patria ha sido poco afortunada en las manifestaciones de su espíritu poético i que se ha quedado por debajo de otras naciones de Sud-América.

Si se llama poetas solo a aquellos seres privilejiados que han dado a luz grandes obras de trascendencia universal, como Homero, Dante, Milton, Goethe, Hugo i otros ilustres pensadores, cuyo jenio traspasó las fronteras del propio suelo para derramarse en ideas, bellezas i emociones en estrañas tierras; si solo es poesía la que va mui léjos, la que tiene el poder de identificarse i tomar carta de ciudadanía en ajenas razas i otros hombres; si únicamente lo es aquella que ajita i revuelve los intrincados problemas sociales, es indudable entónces que Chile no ha tenido poetas hasta el dia de hoi, ni los tiene tampoco ningun pueblo sud-americano.

Pero si poeta es, en el sentido estricto de la palabra, el

creador o enjendrador de fascinadoras Evas espirituales i de panoramas desconocidos en el mundo del pensamiento; si es poeta el que sabe traducir en conmovedor lenguaje los arrebatos i conmociones del alma al traves de la vida, dado nos es decir, con justa satisfaccion, que tenemos poetas i que nuestro pais es digno de ocupar sitio preferente entre sus conjéneres del habla castellana.

Parece que aquí entre nosotros, mas que en otras partes, se ha desarrollado la tendencia a encontrar mediocre o malo lo que producimos i a negar que exista bondad i grandeza en la obra nacional.

Muchas veces hemos meditado i lamentado este prejuicio i espíritu preconcebido con que criticamos i juzgamos lo de la propia casa.

Chile no ha tenido un solo poeta de jenio, ninguno que pueda colocarse a la altura de los que se han destacado en las repúblicas vecinas, suele decirse con una lijereza que raya en ignorancia.

Para desmentir semejante aseveracion nos bastará citar los nombres de algunas cumbres literarias que no han sido hasta ahora sobrepasadas por los injenios de paises fronterizos o cercanos. Esas cumbres las forman tres poetas que no vacilamos en calificar de jeniales. Los tres han fallecido; pero como su obra de escritores está viva i palpitante entre nosotros, esta circunstancia no debe pesar en el juicio que de ellos i otros poetas haremos en el presente estudio.

Estos tres vates-cumbres son: Salvador Sanfuentes, Eduardo de la Barra, Pedro Antonio González.

Exajerada habrá de parecer quizás nuestra afirmacion o enjendrada en un excesivo amor a la tierra nativa, afecto filial que suele estraviar la senda del recto criterio, poniendo anteojos optimistas que cambian los colores. Sin embargo, trataremos de probar con reales argumentos que no somos hiperbólicos ni andamos descaminados en nuestra opinion. A este fin, analizaremos a grandes rasgos, a vuelo de pluma, las producciones de estos tres insignes escritores.

Salvador Sanfuentes

Es el primero que despues de nuestra emancipacion política enarbola en Chile el pendon poético con ideales i tendencias bien definidos, el primero que se consagra a esponerlos por medio de una labor considerable i variada, que nos sorprende al recordar el atraso intelectual i soñoliento ambiente de la época, modorra que él i otros pocos vinieron a sacudir.

¿Cuenta algun pais vecino con un poeta que haya cultivado la leyenda nacional o el poema histórico con mas acierto i brillo que Sanfuentes? Me refiero al tiempo en que floreció, la primera mitad del siglo XIX, no a la presente época, en que figuran notabilidades como Juan Zorrilla en Uruguai, Chocano en el Perú i Montalvo en el Ecuador, etc., cuyas obras a muchos parecerán superiores a las del vate que analizamos, porque en la evolucion de las ideas, a veces los trabajos de Sanfuentes, anticuados o antiestéticos resultan para los modernos, que tienen otros gustos.

Cuántos pensamientos suyos, nuevos entónces, parecerán triviales o vulgares ahora. Por eso al juzgarle es preciso tener a la vista a otros escritores de esos dias.

Difícil creemos que se nos puedan citar leyendas i poemas históricos de mas mérito que *El Campanario* i *Minchimalonco*, sobre todo el primero, que es a nuestro entender la mejor obra de Sanfuentes, tanto por la majistral pintura que nos hace de los antiguos usos i costumbres coloniales, cuanto por la belleza i sentimiento con que desarrolla las escenas finales, aquellas en que nos describe el triste fin, el trajedioso epílogo de los infaustos amores del gallardo oficial con la tierna i enamorada hija del orgulloso marques.

Nunca hemos podido leer, sin esperimentar honda emocion, los versos sencillos, pero profundamente sentidos i llenos de dolorosa, inconsolable desesperanza, que el poeta po-

ne en boca de la atormentada niña. Ella, como la dulce Ofelia de Shakespeare, nos hace llorar con su locura doliente i su suicidio, que es la emancipacion natural del ánjel que ha roto los lazos, ya intolerables, que la unian a la vida i al dolor. Las insanas pasiones i crueldades de los hombres despedazan el delicado vaso de su cerebro, búcaro sagrado i frájil, destinado a contener las perfumadas flores del amor i del bien, que se rompe al contacto de la maldad humana.

Digan lo que gusten ciertas escuelas modernistas, lo naturalmente patético, lo emotivo, será siempre triunfadora belleza i verdad en el arte. El poeta que con sus cantos hace vibrar al unísono las mas delicadas fibras de su i nuestra alma, ha de ser un verdadero poeta.

¿I qué decir de ese retrato moral del apergaminado marques del siglo XVIII? de ese

«Viejo devoto i de costumbres puras,
aunque en su mocedad hizo diabluras».

Hai riqueza de observacion en ese i otros cuadros, llenos de viveza i colorido. Descorre con gran talento el telon que oculta la vida de antaño i nos pone ante los ojos la existencia rutinera, imbuida en añejeces de la colonia. Los trazos de esa oscura época están delineados con pluma maestra por este gran poeta. En su tiempo nada se escribió en Sud-América de mas relieve.

¿Dónde está pues la impotencia, falta de acierto o inspiracion de la poesía chilena?

Sanfuentes maneja con arte la octava real, el romance i la silva, pero decae en la octava moderna, la que, erradamente a nuestro juicio, suele emplear en la parte dialogada de sus poemas. Este defecto se hace notar con mas fuerza en la leyenda «Imani o el Lago de Ranco».

A propósito de este trabajo, con qué cariño nos describe en él la comarca valdiviana, cuán acendrado amor por la naturaleza de Chile (amor que echan jeneralmente al olvido

los poetas de hoi), demuestra en sus descripciones fidelísimas del Lago Ranco i campos que lo rodean.

Este autor es el primero que en nuestra patria se compadece de la destruccion de los bosques por el hacha i el fuego, obra de salvajes, que sigue aun en nuestros dias, en que con bárbara crueldad se van despojando los campos i montañas de sus mejores galas i atavíos, admiracion de los viajeros que recorren el sur de Chile. Nosotros que lo conocemos i hemos escrito unas impresiones de nuestros viajes, destinadas a despertar en la juventud el cariño por el propio suelo, impresiones que duermen en lo mas escondido de algunas librerías, no podemos dejar de trascribir lo que el poeta dice a este respecto:

«No empero en esos bosques siempre el hilo
podéis seguir tranquilo
de vuestro delicioso arrobamiento;
i acaso un bello dia
os distraerá del hondo pensamiento
el sonido lejano
del hacha destructora,
por los ecos del bosque mas sonora.
Ai! su inflexible acero
hiere al padre quizá del monte entero,
coloso secular que vanamente
se imajinó seguro
allá en lo mas oscuro,
cercándose de valla prepotente.
A aquel secreto asilo
va a perseguirle el enemigo filo
i su propio grandor su muerte causa.
El, cuando ve a su tronco
el golpe larga brecha abrir con pausa,
doblega triste la cerviz erguida
i en un jemido prolongado i ronco
da a sus hijos la tierna despedida.

¡Duro es entónces contemplar del fuerte
  la estrepitosa muerte
i cómo, a muchos otros arrastrando,
en tierra se derriba suspirando!»

Nobles i varoniles ideales alimentaban la musa de Salvador Sanfuentes: hacer poesía jenuinamente nacional i poner de relieve las virtudes i heroico patriotismo de la raza indíjena.

En la traduccion de trajedias i dramas clásicos logra conservar en gran parte el estilo elevado, grave i majestuoso de los orijinales. Adolece sí Sanfuentes de un defecto bastante jeneralizado en los escritores de la época: la trasposicion, desagradable lunar de la estrofa, que hace avanzar las ideas a tropezaduras, fatiga la mente del que lee i a menudo quita fuerza e intensidad a las sentencias. Vicio es este que suele adquirirse al engastar en el verso castellano la poesía exótica i del que no se ha librado del todo ni el pulquérrimo Llorente. Con cuánta razon fustiga este vicio Lope de Vega en la «Gatomaquia».

En suma, Salvador Sanfuentes posee casi todas las buenas cualidades del poeta jenial i este tributo nuestro es apénas una débil pincelada del reconocimiento que los chilenos, orgullosos de su labor poética, debemos a su memoria, casi olvidada de la juventud.

EDUARDO DE LA BARRA

Vengamos a tiempos mas cercanos, solo a veinticinco años de distancia, cuando Campoamor i Becquer se hacian inmensamente populares en los paises de América española, el uno con sus «Doloras», libro de poesías del cual dice el insigne Darío que «deja en los labios la miel i pica en el corazon»; el otro con sus «Rimas», cofre de oro, burilado por artistas de refinado gusto, estuche lleno de brillantes, de los cuales uno solo bastaria para inmortalizar a un poeta, vengamos a este

tiempo, repetimos, ¿quién en Chile i fuera de él ha superado a Eduardo de la Barra en el jénero sujestivo? De ningun bardo sud-americano hemos oido hacer mayor alabanza ni mas justa que la que hizo de él Menéndez Pelayo. Con ocasion del Certámen Varela, el mejor de los certámenes que aquí se han llevado a cabo, tanto por la intachable justicia de los fallos cuanto por la seriedad con que se procedió, publicando juicios comparativos de los trabajos presentados, álguien envió al egrejio i sabio escritor peninsular las poesías de Eduardo de la Barra, doblemente premiadas en el concurso.

Leyólas aquel i dijo sencillamente que «estaban a la altura del modelo».

El modelo era Becquer i el que esto afirmaba Menéndez Pelayo. Ello basta, i aun sobra, para certificar entre los que comprenden cuánto significan esos dos nombres que de la Barra fué un gran poeta, del que con fundamento podria enorgullecerse cualquiera nacion. Pero desgraciadamente, en Chile no se le ha leido ni estudiado en debida forma por los escritores jóvenes que suelen juzgar con mas brios que conciencia.

Existe el prejuicio, entre los mui jóvenes, de creer que la mucha erudicion debilita la fuerza del estro creador i amengua el brillo natural de la poesía. ¿Cómo es posible, se dicen, que un sabio que se entrega a la paciente i abrumadora tarea de reconstruir pájinas del «Jestas» del Cid, tenga la llama divina dentro del alma? ¿Es creible que un sesudo maestro de retórica pueda cantar con el fuego i la inspiracion precisos, el amor i otras tumultuosas pasiones de la vida?

¡I cuán falsamente se razona al prejuzgar de este modo! Mas de una vez hemos pensado si no influirá en ello los artículos de polemista acerado i ardiente, que a de la Barra mas de una enemistad le acarrearon. Hoi esperimentamos gran satisfaccion en campear por los fueros de este trovador jenial, quebrando una lanza en honor suyo, para poner de manifiesto lo espléndido de su obra literaria, desconocida de algunos i mal interpretada por otros.

La poesía sujestiva o insinuante, que tan maestramente cultivaron Heine en Alemania, Becquer, Campoamor, Bartrina i otros en España, es como su nombre lo indica, aquella que sujiere al lector en pocas palabras muchas ideas. Ha de ser sobria de espresiones e intensa. Tendrá doble fondo i en éste se debe encerrar lo mejor del pensamiento, para que se desarrolle i se abra en el cerebro del que lee o escucha, pues las ideas solo se esbozan trazan e insinúan indiferentemente.

Es de suyo difícil manejar con éxito este hermoso i delicado jénero literario. En Chile lo han ensayado con fortuna Eduardo de la Barra, Pedro O. Sánchez i el autor de este estudio; sobre todos de la Barra ha triunfado donairosamente, hasta decirse que llegó a la altura del modelo.

Aquí no viene de mas una esplicacion para los poetas jóvenes, a quienes va destinado este lijero estudio. Hemos oido decir a algunos: «Muchas poesías de Bécquer no tienen nada de sujestivo» ¿Por qué se le denomina así entónces? A esto hemos respondido: basta que el término medio de ellas lo sea para merecer el calificativo.

Volviendo a nuestro poeta, de muchas poesías suyas puede repetirse lo que dijo Quintana a própósito de la «Epístola Moral» de Francisco de Rioja: «Desespera por su perfeccion». En efecto, Eduardo de la Barra ha tenido el raro talento de juntar la bella estrofa a la bella idea i no pecar nunca por puntos de mas o de ménos. Ha sido un Bécquer en el fondo i un Núñez de Arce en la forma, siempre correcta i armoníosa.

Podríamos citar muchas de sus composiciones en acerto de lo que afirmamos, pero no lo permite la brevedad de esta crítica comparativa. Copiaremos, no obstante, algunas al azar, que todas nos deleitan:

Los Buitres

Yo escalaba tu cima, gran montaña.
Las águilas volaban a mi paso,
i cuando mas erguido me veia,
pisé mal, resbalé, caí rodando.

Cuando supe de mí, ya era la tarde.
Herido me encontré i ensangrentado,
I en aquellas inmensas soledades
clamé al cielo i la tierra, i clamé en vano.

Un buitre se cernia allá en la altura,
como yo en el abismo, solitario,
i hácia mí descendió con lento vuelo,
como desciende el mal sobre el postrado.

Tendió su cuello sobre mí, cual pude
defendíme del buitre, ya ensañado;
mas otro apareció, luego un tercero,
i otro mas, i otro mas fueron llegando.

Las negras alas en lejion tendidas,
en su ronda infernal me circundaron;
vi sus ojos llamear, sentí su aliento
i el ánsia de sus picos acerados.

Faltáronme las fuerzas, i los buitres,
mas fuertes cada vez i mas osados,
penetraban mis carnes con sus garras
i me abrian el pecho a picotazos.

Desfallecido al fin, cerré los ojos.
¡Adios! dije a la vida sollozando,
i el corazon desnudo presentéles
para concluir mas luego, en ti pensando.

¡Oh, qué horrible es morir lleno de vida!
¡Oh, cuán duro es romper los dulces lazos
i apagar la esperanza!..¡Nunca, nunca!
¡Arriba, corazon, muere luchando!

¡Muerte, abandono, olvido!..no, imposible!
¡Nunca, nunca!..grité desesperado,
i el grito formidable de mi angustia
los montes con sus ecos prolongaron.

—¿Qué tienes, amor mio? me dijiste,
i contesté, del sueño despertando:
—¡Ah, los buitres, los buitres me comian,
i un beso de tu amor los ha espantado!

Cada estrofa de esta bellísima composicion es un símbolo i toda ella un poema hondamente sujestivo, dolorosamente intenso, que no puede leerse sin profunda emocion. La envidia, el dolo, la traicion, las ingratitudes, son los buitres que nos cercan por todas partes i el cariño de la mujer amada, de la fiel compañera, lo único que logra auyentarlos. Dichosos aquellos que en el curso de sus dias no han conocido los sombríos pájaros! Pero el trovador ha probado el licor acre del desengaño i siente una trizadura invisible por donde filtra el dolor, como en «El Vaso Roto» de Sully Prudhomme. Entónces canta por la boca de su herida i condensa en sobrias imájenes, en onomatopéyicas estrofas, la odisea de su alma por la amarga existencia.

En las poesías de Eduardo de la Barra abundan las armonías imitativas. Posee esa pupila interior clarovidente que es capaz de percibir color i sonido en las palabras. En los versos mas arriba citados se nota a primera vista la relacion inmediata entre la frase i la accion en

«Pisé mal, resbalé, caí rodando»

. . . .

«Las negras alas en lejion tendidas,
en su ronda infernal me circundaron», etc.

Saboread esta sujestiva:

«Desde su lecho de grama
una tímida violeta
perfuma, sueña i mui alto
sus pensamientos eleva.

Tiene sueños de mujer,
con un imposible sueña:
sueña que a los cielos sube
para besar una estrella.»

Digna es, por el proceso de ideas que levanta en la mente del que la lee, de figurar al lado de «El Pino i la Palma» de Heine.

¿Quereis una muestra de poesía elegante, con imájenes nítidas i acabadas, propia solo de los grandes poetas, en quienes la vision interna del cerebro es clara i precisa siempre? Leamos la que sirve de prólogo a una coleccion de sus versos:

FLORES DE LA TARDE

«Corona juvenil i esplendorosa,
de blanco lirio i encendida rosa,
al sol naciente ciñe la mañana;
i, cuando el sol en los confines arde,
su espléndida corona de oro i grana
prende a tus sienes, temblorosa tarde.

Así mi musa, al comenzar el dia,
dió al tierno amor sus prematuras flores,
i las recibe con la tarde fria.
Ilusion de ilusiones fué mi encanto;
rotos celajes fueron mis amores,
i hoi, a la tarde, mis recuerdos canto.

Para terminar, vamos a insertar aquí una sentida i delicada composicion que de la Barra dió a luz en Montevideo, cuando estuvo, si no recordamos mal, de embajador chileno ante la República del Uruguai. Nos la sabemos de memoria aunque hemos olvidado el título. Dice así:

¡Adios! la dije con mortal congoja,
 i de ella me alejé.
Ví en la popa su pálida figura,
i por última vez ¡adios! la dije,
 ¡por última talvez!

Contenia la pena en su presencia,
 ahogaba mi pesar;
mas ya en el bote que veloz volvia,
tornando la cabeza, de mis ojos
una lágrima ardiente rodó al mar.

Perdióse entre las aguas que circundan
 la tierra del dolor.
Llevando un mundo de pesar consigo,
aumentó del oceano la amargura
aquella gota que en el mar cayó!

A estallar en sollozos a otras playas
 se dirijió talvez,
o trocada en fugaz fosforecencia,
siguiendo el barco, tras la amada mia,
acaso, amante, por mirarla fué.

O acaso en alas de la brisa errante,
 evaporada al sol,
fué a refrescar su frente pensativa,
llevándole un recuerdo enamorado,
una suave caricia, un otro adios.

Difícil nos parece que puedan decirse cosas mas bellas de una lágrima; i ¿a quién no encanta, de este modo espresada, la poesía a todo corazon o íntima?

Las tres o cuatro joyas que hemos citado bastarian para la gloria del poeta, si no tuviera tantas otras que le forman laurel inmarcesible. I de escritores de esta talla se permiten hablar con despego algunos vates de bozo, melena i fama nacientes!

Se puede afirmar, con justo orgullo para nuestro patriotismo, que chileno es el primer poeta sujestivo de los paises hispano-americanos, que en nuestro suelo vió la luz un maestro de ese jénero literario, de continuo sutil i flexible, fogoso i vehemente a ratos, siempre sobrio i conciso, que constituye un manjar esquisito para los paladares que saben de gustos i gustos....

PEDRO ANTONIO GONZÁLEZ

Llegamos ahora a la mas alta cima, al monte Aconcagua de la poesía lírica, no solo de Chile, sino de toda esta parte del continente, que llamamos Sud-América.

La República Arjentina tiene un gran lírico: Olegario Andrade; el Perú otro no ménos grande, José Santos Chocaño; nosotros tenemos a Pedro Antonio Gonzalez. ¡I a fé que podemos mencionarle con la frente erguida!

El autor de los poemas a «San Martin» i «La Atlántida» descolló en un solo jénero literario, el épico o heroico. Lo mismo puede afirmarse de Chocano, a quien nosotros hemos considerado siempre como un poeta monocorde, cuya lira de bronce solo ha vibrado intensamente pulsando la cuerda patriótica, como en «La Epopeya del Morro» i otras composiciones sobre la libertad de su pais, escritas al calor de las revoluciones que en él estallaban con tanta frecuencia. Fuera de esos temas en que su estro tiene acentuaciones vigorosas, destacándose con fuerza i brilio, pero que al fin produce

cierto cansancio, sin duda por aquello de que lo sublime i altisonante fatiga mas pronto i lo épico ya no ajita como antaño, fuera de eso, el poeta peruano no vuela demasiado alto. En las poesías descriptivas i filosóficas le hallamos mui orijinal e injenioso, pero falto de verdad i calor; en las que hablan al corazon fracasa lastimosamente.

Consideremos en cambio el númen de González al traves de «Ritmos», de sus poemas «El Monje», «El Proscrito» i otros trabajos de menor importancia, i advertiremos luego cuánto mayores son los horizontes que abarca su poderosa fantasía, cuántos mas amplios i variados los vuelos por el espacio sin límites del pensamiento.

González es un gran lírico sin haber escrito sobre guerras i combates; está ahí el mérito capital de su obra. Con su claro juicio ha comprendido que pasaron, para no volver, los tiempos homéricos i las épocas en que un Tirteo, un Rouget de Lisle o un Quintana inflamaban las lejiones i los pueblos con sus ardorosas, épicas canciones.

En la evolucion de las razas i las ideas, otras son hoi en dia las tendencias i objetivos que arrastran a la humanidad, enferma por falta de orientaciones precisas. Así lo ha comprendido la vieja Europa, cuyos reyes evitan las guerras, porque temen que se levante, sin patria ni fronteras, un ejército incontable, el de los que sufren.

Por eso los poetas de allá, como los de aquí, esteriorizan hoi en sus poemas o en sus dramas el estado patolójico de la gran enferma.

De aquí viene que la obra de González nos resulte mas humana, mas simpática i conmovedora. El, como Núñez de Arce, ausculta los grandes dolores i dudas del hombre. En «El Proscrito» busca el polo magnético que le señala la brújula de su alma i en «El Monje» desarrolla una dolorosa tésis social: si la negacion de todo afecto amoroso, de pasion hácia la mujer, es un bien o un mal para los soldados de Cristo.

Creemos que nada se ha escrito en Sud-América compara-

ble a este bellísimo poema. La pobreza i mala ventura que a este insigne poeta persiguieron durante toda la vida, han impedido que tan hermosa produccion de un vate chileno sea conocida en lo que vale por las naciones que hablan la lengua de Cervantes.

Si el arte no viviera en Chile, como vive, en una isla rodeada de hielos, si aquí se rindiera el honor que se merecen los grandes cultivadores del pensamiento, ha tiempo circularia en el pais i en el estranjero una primorosa edicion, hecha por el Estado, de las obras poéticas de Pedro Antonio Gonzalez.

Tenemos fe en que ello ha de suceder i mui pronto. Prin, cipian a soplar mejores vientos para nuestra intelectualidad-se siente venir desde arriba una atmósfera mas cálida i alentadora.

Volviendo a «El Monje», en su primer fragmento, que es para nosotros la parte mas bella de la composicion, parece haber alcanzado González esos cien grados de que habla Víctor Hugo, en que el cerebro del artista llega a la suprema tension i da vida esterior i palpable a un poema, una sinfonía, una estatua, un cuadro, en que ya no caben lo mejor ni lo peor porque ha tocado el límite de lo perfecto.

¡Qué honda emocion esperimentamos la primera vez que este trozo de rítmicos, umbríos versos, resonó en nuestros oidos! tiene algo de esas grandes sinfonías de Beethoven, que desde la primeras notas sobrecojen el espíritu i que escuchamos poseidos de cierta especie de relijioso terror i sombrío arrobamiento.

Nos lo sabemos de memoria i no resistimos a la tentacion de estamparlo aquí. Aunque conocido de muchos, recitarlo ahora no está de mas, que a semejanza de la música de los grandes maestros, mas gozan i se embelesan los sentidos i el alma, miéntras mas se oye:

Noche. No turba la quietud profunda
con que el claustro magnífico reposa
mas que el rumor del aura moribunda
que en los cipreses lóbregos solloza.

Mustia la frente, la cabeza baja,
negro fantasma que la fiebre crea,
cadáver medio envuelto en su mortaja,
un monje por el claustro se pasea.

De cuando en cuando de sus ojos brota
un súbito relámpago sombrío;
el trájico fulgor del alma rota
que jime i se retuerce en el vacío.

No lo acompaña en su mortal desmayo
mas que la luna que las sombras ama,
que una lágrima azul en cada rayo
sobre las frentes pálidas derrama.

II

Es jóven. Es su edad la del alegro,
la del himno, el ensueño i el efluvio;
en que es terso azabache el bucle negro,
en que es oro bruñido el bucle rubio.

Sin conocer placeres ni pesares,
se alejó del hogar siendo mui niño
i fué a poner al pié de los altares
un corazon mas puro que el armiño.

Algun recuerdo de la infancia acaso
rompe tenaz su místico sosiego,
i desata en su espíritu a su paso
huracánicas ráfagas de fuego.

Acaso las borrascas de la tierra
traspasan las barreras de su asilo
i van con ronco estrépito de guerra
a desgarrar su corazon tranquilo.

III

Un dia vió en el templo, de rodillas,
desde un triclíneo del solemne coro,
una vírjen de pálidas mejillas
de pupilas de fuego i trenzas de oro.

I su gallarda imájen tentadora
le persiguió con incesante empeño;
turbó su dulce paz hora tras hora,
en el recreo, i la oracion i el sueño.

Cuántas veces, orando en el santuario,
no veia flotar en su ansia viva,
envuelta, en la espiral del incensario,
su fantástica sombra fujitiva!

Cuántas veces, con hondo desvarío,
allá en sus noches de nostaljia loca,
no despertaba, trémulo de frio,
buscando el beso ardiente de su boca!..

IV

De súbito interrumpe su paseo,
i lívido i estático se queda,
i mira con estraño devaneo
la blanca luna que a lo léjos rueda.

I en la cúpula azul de pompa fídica
del templo secular, de estilo májico,
ensaya el ritmo de su voz fatídica
el ave de satan, el cuervo trájico.

I los cipreses lóbregos se quejan
i al vaiven de sus copas que se alcanzan,
sus siluetas se acercan i se alejan
como espectros fantásticos que danzan.

I tras los horizontes de occidente
la luna melancólica se escombra;
i allá en su corazon el monje siente
crecer la soledad, crecer la sombra!..

Desafiamos a que se nos presente un trozo mas bello, mas hondamente sentido, mas armonioso i evocativo.

¡Sarcasmos de la suerte i la vida! Éste príncipe de la literatura patria, en su dolorosa peregrinacion por este mundo, vivió como la mayor parte de los hombres-luz, desconocido i luchando con la miseria.

Cuando se sintió herido por las traiciones i los ultrajes, que solo algunos íntimos amigos conocieron i deploraron, se recluyó en una casita de obreros, en los arrabales de Santiago, antesala del hospital donde, cual pájaro aterido, terminó su via-crucis,

De esos dias de soledad i abandono nos ha dejado un quejido lastimero, un canto de cisne, una composicion que no figura en sus «Ritmos». Se publicó en un periódico de Buenos Aires i se titula «Mi Vela». Los que saben los desengaños que le brindaron el amor i la amistad, no podrán leer sin conmoverse esa pájina que esterioriza un desconsuelo infinito. Dice así:

Cerca de mi vela, que apénas alumbra
la estancia desierta de mi buhardilla,
yo leo en el libro de mi alma sencilla
por entre la vaga i errante penumbra.

Despide mi vela la llama de un cirio,
a fin de que acaso con ella consagre
mi cáliz sin fondo de hiel i vinagre
delante del ara de mi hondo martirio.

A mí no me queda ya nada de todo.
Mis viejos recuerdos son humo que sube,
formando en el éter la trájica nube
que marca la ruta de mi último exodo.

Yo cruzo la noche con pasos aciagos,
sin ver brillar nunca la estrella temprana
que vieron delante de su caravana
brillar a lo léjos los tres reyes magos.

Quizás soi un mago maldito! Yo ignoro
cual es el Mesías en cuyos altares
pondré con mi lira de alados cantares
mi ofrenda de incienso, de mirra i de oro.

Al golpe del viento rechinan las trancas
detras de la puerta de mi buhardilla;
i vierte mi vela, que apénas ya brilla,
goteras candentes de lágrimas blancas...

Como poesías de gran empuje en el vuelo lírico i novedad en las ideas anotaremos la tituladas «Un Libro», «A Cuba», «A Pasteur»; como filosóficas las llamadas «Al Mar» i «Meditacion». Esta última, por la profundidad de sus reflexiones i lo mucho que en ella ahonda el pensamiento, parece una pájina arrancada a «Hamlet». «Lucrecia Borjia» i Lord Byron» son tambien orijinalísimas.

Con los tres inspirados poetas, ornato i prez de la literatura patria, que hemos analizado rápidamente, i que no son todos los que podríamos nombrar, creemos haber establecido i probado que mui lijeramente razonan los que escriben o proclaman en voz alta que en Chile no han florecido todavía verdaderos poetas.

Dejando aparte la América Central i Méjico, admirablemente dispuestos por el clima i la raza para encender las fragua de la inspiracion poética cuya gama va desde los sedosos

i casi imperceptibles versos en que entran en juego lo sutil i delicado, hasta las ardientes, tronadoras estancias épicas, reivindicamos para Chile el primer lugar en el Parnaso americano. ¿Que en otras partes nos superan por la clásica correcion del lenguaje? Talvez, si por correccion se entiende casticidad. Pero la forma no lo es todo: hai ademas «el sentir hondo, pensar alto i hablar claro» del axioma. En dos lados por lo ménos de este trípode del arte, ocupamos indiscutiblemente sitios de preferencia. Solo el poco aprecio que se hace de lo que tenemos en casa i la tendencia a dejarse seducir por lo que vemos en la ajena, defecto crónico de muchos intelectuales chilenos, ha hecho decir erradamente, que nuestra nacion no posee grandes poetas.

Los tres ya nombrados bastan para probar lo contrario. Han dado ellos tanto lustre i colocado tan arriba nuestra Poética, que cuando llegue el dia, que ha de llegar, de las justicias póstumas para los guerreros de la pluma i la idea, el bronce en un solo grupo eternizará la memoria de Salvador Sanfuentes, Eduardo de la Barra i Pedro Antonio González, los mas altos representantes de la poesía chilena en el siglo XIX.

LOS POETAS DE ANTAÑO

Hermójenes de Irisarri
Jacinto Chacon
Manuel Blanco Cuartin
Eusebio Lillo
Guillermo Matta
Guillermo Blest Gana
José Antonio Soffia
Luis Rodríguez Velasco
Cárlos Walker Martínez
Mariano Egaña
Víctor Torres Arce

Abraham Köning
Pedro F. Lira
Valentin Magalláñes
Pablo Garriga
Domingo Arteaga Alemparte
Adolfo Valderrama
Pedro Nolasco Préndez

Ante el poderoso empuje de la civilizacion i el progreso todo evoluciona i se refina; en el mundo del cerebro mas que en ningun otro. Por eso cada dia es mas difícil destacarse i conquistar personalidad orijinal en el poblado pais del arte. Escritores que cincuenta años atras eran mirados casi como jenios, hoi pasarian desapercibidos o serian calificados de mediocridades por los intelectuales.

Lo anterior nos acontece con gran parte de la produccion de aquel entónces. Por eso, a fuer de moderados i justos en las apreciaciones críticas en que vamos a engolfarnos, nos trasportaremos al medio ambiente de la época en que los autores florecieron. Al lanzar, aunque sea lacónicamente i a vuela pluma, una opinion sobre los poetas chilenos que desde la independencia hasta nuestros dias, han tenido cierta notoriedad, ya por haber dado a luz alguna obra o haber sonado su nombre en distintas publicaciones, no seguiremos las huellas de otros críticos. Para ellos la censura constituye el núcleo o base de sus observaciones; los defectos de un trabajo son los qué hai que poner de relieve, las bellezas no se anotan ni hai para qué. Tal sistema parécenos dañoso, perjudicial para la depuracion del estilo, ropaje de la idea, i para el progreso intelectual. La falta de estímulo ha solido ser causa de desesperacion para grandes talentos que se han creido fracasados, rompiendo la pluma cuando pudieron brillar con luz orijinal i hermosa.

No seguiremos pues a estos exijentes Aristarcos. Preferimos nosotros realzar lo bello i bondadoso, para que al vitu-

perar lo malo, se reconozca la sinceridad del juez que, segun su leal saber i entender, juzga, pero no acusa de antemano.

Como nuestro trabajo tomaria proporciones desmesuradas, dejando de ser ojeada crítica, si analizáramos en estenso a cada poeta, nos ha parecido mas conveniente agruparlos, sea por épocas pero sin órden cronolójico, sea por las tendencias literarias que los hacen afines, o ya por la importancia que a sus trabajos atribuimos. En esta forma, consagraremos alguna atencion particular i lijero estudio a los que se lo merezcan.

Difícil es darse una idea cabal del sentido o direccion que imprimieron a la poesía nacional los que figuran en la lista de «Poetas de Antaño». Hai los doctrinarios i de batalla, como Guillermo Matta, Cárlos Walker Martínez, Manuel Blanco Cuartin i algun otro; cantores del civismo, sea en la política menuda o en la grande, que abarca la patria i sus destinos, como los ya citados i Eusebio Lillo, Jacinto Chacon, Domingo Arteaga, Pedro N. Préndez. Casi todos los demas han jirado en torno de lo subjetivo, lo sentimental i afectuoso; con elegancia i naturalidad algunos, algo amanerados i ampulosos los otros, pero ostentando todos el sello de sana inspiracion i nobles ideales.

Hermójenes de Irisarri es el poeta correcto por excelencia, atildado i aristocrático en el decir, en lo que difiere de Sanfuentes, que domina en la nota sencilla de lo descriptivo o tierna, de lo emotivo. Se nos figura Irisarri un poeta de frac i guante blanco. Pero ¡cuidado con él! en el fondo está la fuerza avasalladora de sus ideas que nos arrastran al aplauso i a darnos cuenta de que es digno heredero del ilustre literato que le dió el sér.

Forma parte de aquel núcleo escojido de escritores que en 1842, encabezados por Sanfuentes en la rama poética, hicieron lucir en Chile como una aurora de literatura propiamente nacional; aurora que no llegó a ser dia, porque no perseveraron en este propósito los que vinieron en pos de ellos.

Tenemos el firme intento de no hacer biografías ni citar versos o composiciones de los poetas que vamos a pasar en revista; porque siendo su número tan crecido, este lijero estudio se haria interminable. Pero cuando se trata de bardos como Irisarri, lo hacemos con sentimiento. Querríamos dar una muestra de sus versos espirituales i de elegantes matices trascribiendo algunos acápites de «La Mujer Adúltera» i otras producciones suyas sobresalientes.

Mas nombre del que en justicia le correspondia tuvo como poeta *Jacinto Chacon.* Sin hilvanar con rimas vulgaridades patrióticas o de otra especie que se le ocurririan a cualquier hijo de vecino, fuera poesía, como él lo hace en desmañadas estrofas, poetas podrian ser todos los que conocen un poco de métrica i gramática.

Un correcto confeccionador de versos de laboratorio se nos figura *Manuel Blanco Cuartin.* Se le ve trabajar friamente en ellos hasta dejarlos mui tersos i pulidos, pero no se ve arder la inspiracion. Cremos que el brillante polemista de la prensa diaria perjudicó al escritor en sus aficiones a la poesía.

Tuvo *Eusebio Lillo* un dia de poeta grande i nos compuso el Himno Nacional. ¿Qué importa que no haya sido sino un dia cuando éste basta para su gloria?

Sus demas trabajos poéticos no están al nivel de esos decasílabos robustos, claros i armoniosos, chilenos hasta la médula, que nuestros mayores nos enseñaron a balbucir casi desde la cuna.

Lo anterior no significa que las demas poesías de Lillo no sean meritorias; pero el enemigo de lo bueno es lo mejor.

Hénos aquí adelante del mas ardoroso i batallador de nuestros antiguos bardos, *Guillermo Matta*, mas que pulsar una lira parece embocar clarines i trompas de combate. Famosas hiciéronse las imprecaciones lanzadas por él contra España en la guerra de 1866. El númen de este vate se encuentra en su elemento natural cuando se trata de un asunto épico o heroico. Entónces las estrofas se revuelven nerviosas, como violento i encabritado corcel; toman entonacion arrogante que las hace fuertes, sonoras, arrebatadas de inspiracion. En cambio, sus producciones sentimentales son apénas mediocres.

Mérito grande de Matta es haber encuadrado su poesía dentro de un marco fijo, con tendencias claramente indicadas, lo que le aparta i destaca de otros injenios de su tiempo, que fueron solo impresionistas i cantaban jeneralmente sobre lo que de modo fugaz hiere la retina o el corazon.

Guillermo Blest Gana, *Luis Rodríguez Velasco* i *José Antonio Soffia* forman una trinidad inseparable para el crítico que, bajo muchos aspectos, ha de considerarles en conjunto. En efecto, los tres parecen estar estrechamente unidos i ser hermanos por la afinidad de sus ideas i sentimientos, por la estensa popularidad que alcanzaron i el favor que sus com-

posiciones llegaron a gozar i gozan todavía en la sociedad chilena.

Todos ellos son dulcísimos trovadores, cuya característica es el jénero sentimental erótico; rinden culto a los afectos íntimos i tiernos, como el amor, la amistad, el patriotismo. Ninguno de ellos filosofa ni ahonda en problemas de trascendencia. La duda i la incertidumbre, crónico mal de nuestros poetas modernos, les son desconocidas. Aman, sienten i cantan con dulce espontaneidad, a ratos con arrobadora dulzura i embelesadora terneza.

Si se nos preguntara cuál de entre ellos nos merece mayor estimacion, nos veríamos apurados para responder. Sin embargo, precisados a decidirnos por alguno, daríamos la preferencia a Blest Gana, bien entendido que esta predileccion nuestra no quita ni pone rei en cuanto al valer de los demas. Ella es hija de nuestros particulares gustos. No sabemos por qué, pero sus versos golpean con mas fuerza en nuestro espíritu. ¿Será que hai mayor novedad i enerjía en los pensamientos? Puede ser.

En el primer tomo de poesías que Blest Gana publicó en su juventud, se halla mas orijinalidad e inspiracion que en el libro titulado: «Armonías» dado a luz años despues. En este último demuestra sumo arte, pero es ménos impetuoso i espontáneo. Entre sus primeras trovas descuella una que lleva por nombre «Al Huenchullami», la que no obstante defectos de forma, es digna de mencion especial i de ser gustada por los buenos literatos.

José Antonio Soffia supera al anterior en la ternura i delicadeza con que sabe espresar los mas recónditos afectos. Se le puede clasificar como el bardo de la sinceridad. Al escribir sus sentidas endechas, el alma de Soffia debia estar, con todas sus nobles emociones en la punta de la pluma vibradora.

El hermoso poema «Las dos Hermanas», que compuso en Colombia, ha tenido el raro mérito de trascender al alma po-

pular. En Chile lo hemos oido recitar por personas de humilde condicion, que repetian muchas otras poesías del mismo autor. ¡Tan cierto es que los sentires de los grandes i de los pequeños se enlazan armoniosamente cuando son de verdad! El es el trovador por excelencia de los amores caseros e íntimos, i los canta con el corazon enredado entre las cuerdas de su lira. Por eso nos conmueve tan dulcemente! Lo patético nunca dejará de ser belleza i vida en las concepciones artísticas.

Siendo casi un niño, se dió a conocer *Luis Rodríguez Velásco* por medio de una larga composicion poética que metió ruido entónces i que en distintas ocasiones escuchamos de labios de nuestros mayores. Se titula «Hojas Secas» i pertenece al jénero sentimental erótico. Es una poesía espléndida no obstante sus defectos, inherentes a la poca edad de su autor. Ella prometia el advenimiento de un gran poeta que habria de eclipsar a sus antecesores i colegas. No fué así, sin embargo: Rodríguez Velasco progresó en la forma, mas correcta i castiza en los trabajos que despues diera a luz i que le merecieron el título de miembro correspondiente de la Real Acade- mia Española; pero aquella brillante inspiracion i riqueza de imájenes no dieron los frutos que se esperaban i el poeta se quedó estacionario, es decir, no sobrepasó a sus contemporáneos ni aquella primera obra poética suya tan aplaudida.

No avanzar es retroceder cuando se tiene mucho talento, como en este caso. Sus producciones posteriores son mui buenas ¡quién lo niega! pero hai derecho a ser exijentes con poetas de su talla.

Lo mejor que despues ha dado a la publicidad pertenece al jénero patriótico, incluso el canto «A los Héroes de Iquique», hermosa poesía que goza de justa fama.

Ardoroso i valiente bardo es *Cárlos Walker Martínez.* Con su lira en alto, a guisa de espada, defiende i loa sus creencias i lo que él estima la felicidad del pueblo. Es el polo opuesto de Guillermo Matta en ideales políticos i relijiosos. No obstante, se le parece mucho en el estilo: ámbos son vigorosos, casi violentos; en sus estrofas los epítetos saltan i hieren como latigazos. Sus liras conviértenlas en instrumentos de batalla i propaganda. Se apartan en lo posible del jénero sentimental, tierno o erótico, porque comprenden que su fuerte está en el campo de combate de las doctrinas.

Los romances de Walker Martínez hacen recordar por su viveza i colorido aquellos que dieron renombre al Duque de Rivas.

Mariano Egaña como poeta es de suave ternura i femenina delicadeza. Su produccion es corta, pero meritoria.

Se ha escrito que *Víctor Torres Arce* es un poeta sujestivo. Nosotros lo hemos leido con atencion i vemos que su musa no tiene las características de un Heine, un Becquer, un de la Barra, etc.

Abraham Köning pertenece a la categoría de los trovadores de temporada. Dan a luz algunas poesías llenas de inspiracion i bellas cualidades; cuando la atencion de los intelijentes está vuelta hácia ellos i los arreos de andante caballero listos, enmudecen de pronto i para siempre. Hoi en dia esto se repite a menudo en la república de las letras. Muchos jilgueros callan i muchos gansos graznan...

Un escritor correcto i de buen gusto es *Pedro F. Lira.* Mui popular se ha hecho una regocijada i burlesca poesía suya que lleva por nombre «El Autor i el Cajista».

Hénos aquí delante de un distinguido poeta, desconocido de la presente jeneracion intelectual, porque, como los anteriores, su lucubracion o produccion fué corta i poco difundida. Nos referimos a *Valentin Magallánes*, bardo que sintió mui hondo cuando cantaba.

En una Antolojía publicada años ha en el Perú, si nuestros recuerdos son fieles, leimos algunas composiciones suyas del jénero romántico i de gran valor, entre ellas una mui intensa i ajitadora, que deja resíduos en la mente, titulada «Mi Cadena» i otra que es un acabado i sujestivo símbolo: «La Mariposa i el Fuego».

Como un artífice en el verso de dieciseis sílabas puede considerarse a *Pablo Garriga*, quien supo siempre emplearlo armoniosamente. El i de la Barra son los únicos que en lo antiguo lo usaron con éxito. Muchos trataron de imitarles i juntaban dos octosílabos, creyendo que ello bastaba para el caso; pero no es lo mismo: un oido afinado se da cuenta al instante de la diferencia.

Garriga sobresale en el paisaje i lo descriptivo.

A *Domingo Arteaga Alemparte* se le ha llamado poeta. Nosotros le incluimos en el gremio con beneficio de inventario. Sus versos nos han parecido siempre pobres i desmañados; no están al nivel de sus artículos periodísticos, concisos i sustanciosos. No debió dejarse seducir por la tentacion de versificar, que a tantos hombres de talento ha dado costaladas. La fama de prosista intenso i espresivo, conquistada en la compañía de su ilustre hermano, debió bastarle.

Parece que la poesía i la medicina no hicieran buenas migas en nuestra tierra. Decímoslo porque, o nosotros entendemos poco el asunto o el doctor *Adolfo Valderrama* disfruta como poeta de un nombre exajerado. Forma parte de esa incontable hueste de versificadores, mas o ménos correctos i cuerdos, pero de poquísima orijinalidad, cuya crítica puede resumirse en cuatro palabras: ni buenos ni malos...

Llegamos en la presente esposicion al bardo de «Las Siluetas de la Historia» que tanta polvareda levantaran al publicarse.

Vamos a discurrir sobre el poeta «fatalmente afortunado», segun la gráfica espresion de un crítico, que hallaba inmerecidos los premios i lauros que obtuvo en diversos concursos literarios, porque en el autor de «Siluetas» i «Poesías» lo propio no es bueno i lo bueno no es propio.

I bien, ¿es *Pedro Nolasco Préndez* un plajiario que con alas ajenas pretendia llegar al Parnaso, como piensan algunos críticos que rudamente le atacaron, o un bardo orijinal, de entonacion robusta, como lo pregona la fama? Creemos que todos tienen su poco de razon.

No cabe duda de que la fuente de donde brotaron las «Siluetas» es el libro de Pelletan «Profesion de fé del siglo XIX». Hai trozos que son casi traduccion literal de otros del gran escritor optimista frances. El error de Préndez, error en que han incurrido muchos notables poetas i escritores en prosa, consiste en no haber estampado al frente de su obra que era imitacion o traduccion de otra.

«La oracion por todos» de don Andres Bello, hemos leido i oido decir por aquí, por ahí i mas alla. Nosotros consideramos tan sagrada e inviolable la propiedad literaria, que siempre hemos desmentido tal afirmacion, haciendo ver que al colgarle a don Andres Bello la paternidad de la poesia de Víctor Hugo, se le hace un flaco servicio, pues el insigne